

## **Capítulo IV**

### **La necesidad de una filosofía constructiva**

Vasconcelos, en una conferencia pronunciada en la escuela preparatoria de México, esbozó lo que él llamaba la nueva ley de los tres estados. La civilización pasa por tres períodos: el materialista, el intelectualista y el estético. En el primero predomina el instinto y la necesidad; en el segundo, la conveniencia y el cálculo; en el tercero, el gusto es la ley suprema que se manifiesta hacia afuera en simpatía y belleza. Vasconcelos, vitalista y romántico, corona la evolución humana por el período estético.

Observando la evolución del pensamiento en Hispanoamérica, destácase otra ley más ajustada a la realidad. Al iniciarse nuestra independencia, nuestra preocupación es, esencialmente política. Los nuevos estados requerían una nueva estructura gubernamental. En el pensamiento predomina la nota política. Alcanzada aunque rudimentariamente, la organización constitucional, comprendemos que la política es sólo una forma que exige un contenido económico: el dominio de la tierra, el desarrollo de la riqueza. La segunda etapa de nuestro pensamiento es económica. Cuando la prosperidad material alcanzó cierto grado de desarrollo en determinados países de América, surge en ellos una reacción hacia los fines culturales desinteresados; y estética es la tercera etapa de nuestra evolución. El defecto del movimiento esteticista iniciado por el modernismo, culminante en Rodó y en el propio Vasconcelos, ha sido la acentuación de nuestro individualismo, el apartamiento de la vida integral que es acción y esfuerzo en el orden

político, social y económico; y, por último, la prescindencia de un criterio que supera el de la simple contemplación de perspectivas intelectuales o artísticas. El momento actual es de más hondas inquietudes. No nos bastan finalidades estéticas. Sentimos la necesidad de salir del yo, cuyo cultivo era la cumbre del esteticismo, en busca de un mundo superior. Palpita en nosotros el ansia de misterio, el ideal de la propia superación; al mismo tiempo, agudos y urgentes problemas sociales requieren nuestro esfuerzo. Se dibuja una intensa preocupación ético-social y religioso, que el mismo Vasconcelos ha anunciado y que pide una nueva filosofía constructiva.

En la etapa política y económica de nuestro pensamiento, esa fórmula la dió el credo liberal al principio compatible con un teísmo vago y después unido a un inconsistente y débil agnosticismo. En el período estético ese liberalismo se humaniza con matices socialistas en el problema social y se decora con cierto panteísmo evolucionista en el problema filosófico. El liberalismo económico produjo cierta eficiencia y desarrollo de riqueza; el esteticismo, la acentuación de una cultura, para una *élite*. Hoy sentimos la exigencia de respuestas más afirmativas a nuestra ansia de ideal y a nuestros impulsos de acción y de lucha. Nuestros padres vivieron bajo el signo de Rousseau con atenuaciones y cambios. La ideología demoliberal está muerta, no porque la democracia no sea un valor eterno, sino porque el individualismo y economismo, inseparables del liberalismo, carecen del sentido de comunidad y de solidaridad profunda y son incompatibles con la justicia social. El credo individualista de Rousseau ha sido reemplazado por el dogma socialista de Marx. El socialismo, filosofía extrema y dogmática, ha traído como consecuencia benéfica la desviación de la atención del problema puramente político a los problemas sociales y económicos; pero al dejarse absorber totalmente por éstos, encarna una vuelta a un economismo o materialismo más estrecho que el del credo demoliberal. Sus fórmulas aparentan responder a nuestra ansia de justicia en las relaciones humanas; pero prescinden de la individualidad en lo que tiene de irreductible y de respetable; y no dan respuesta a su expresión profunda, la vida interior, el hambre de invisible.

Al traspasar la tercera etapa, dejando en el campo abandonadas viejas fórmulas políticas, postulados económicos individualistas y esteticismo aristocrático, la nueva generación se pregunta ansiosa por el rumbo que debe seguir. En el horizonte surge la roja alucinación de un nuevo credo, de una nueva mística.

Inútil sería negar poder de atracción, falso brillo de idealidad a los nuevos mitos humanos. Llevamos, sin embargo, sabiéndolo o ignorándolo, la gravitación de la experiencia histórica. Hace más de un siglo un mito análogo, una alucinación semejante, apareció en el horizonte de la humanidad.

Ese mito ha tenido que ser rectificado; esencialmente modificado, en ciertos casos definitivamente abandonado, para hacer posible, no solamente el progreso, sino la vida misma. ¿Será el dilema de la humanidad la ilusión o la absoluta desesperanza, la fiebre o la rutina, la loca actividad o la inercia pura? Más que nunca necesitamos una filosofía constructiva, una filosofía integral, el sistema que abarque lo subjetivo y lo objetivo, la vida interior y la vida social, que concilie necesidad de algo permanente y eterno y los cambios y mejoras inevitables; filosofía que nos dé, junto con la metafísica más alta, la estética más libre, la política más realista, la economía más humana.

Espíritu de novedad, inconsciencia de lo bueno, más que cercano, último; este mal humano de ignorar, por costumbre, las fuentes de bien y de vida que nos vienen de lejos, el afán de ligar corrientes profundas a sus expresiones perecederas o a sus manifestaciones incompletas nos ha llevado a desdeñar la filosofía católica como una ruina definitiva. A través del viaje que nos pinta Chesterton en *Ortodoxia* en busca del nuevo ideal, encontraríamos, sin embargo, que él se hallaba cerca de nosotros, en la religión que ha creado y mantenido la civilización occidental. Para descubrir en el catolicismo su sentido profundo, su valor eterno, hay la necesidad de prescindir de las cristalizaciones determinadas por el transcurso del tiempo y que no reflejan ausencia, sino nuestros propios defectos o limitaciones.

El fondo de la psicología de un pueblo no puede ser modificado totalmente y la religión no significa perfección cumplida, sino principio de lucha. Algunos aspectos francamente desfavorables del catolicismo en los países hispánicos han impedido que la inteligencia, a diferencia de lo que pasa en otros

países, volviese a él. No queremos damos cuenta de que nuestra admirable vida de familia, la fuerza de ciertas disciplinas o nexos sociales necesarios, la preservación de lo que podríamos llamar nuestra *superconciencia*, se deben a la obra silenciosa de los principios religiosos. Y, de otro lado, no deseamos contemplar el espectáculo que presenta el catolicismo en países que no han experimentado el agotamiento y las terribles tragedias históricas de los pueblos hispánicos. Y aquella mirada a países como Bélgica, Francia., la misma Italia, Alemania, Estados Unidos, Holanda y aun los países escandinavos, nos convencería que sobre un fondo de perennidad, de dogma, moral y rito, el catolicismo refleja la psicología y la situación de aquellos pueblos.

Conviniendo con la laboriosidad flamenca, el sentido práctico francés, la organización teutónica y el espíritu de empresa yanqui, al mismo tiempo que estimula en cada pueblo la misión que debe realizar, corrigen sus tendencias.

El catolicismo alienta las reformas sociales en Bélgica, cuenta con la adhesión, cada vez más intensa, de las *élites* intelectuales en Francia y en Italia, encarna la superación del estrecho nacionalismo en Alemania y la condena de todo imperialismo político o económico en los Estados Unidos.

Descartemos pues la tendencia que identifica el catolicismo eterno a la triste leyenda de la religiosidad cruel, decadente o rutinaria forjada por historiadores protestantes y repetida inconscientemente por nuestros escritores sectarios.

Abandonemos también la idea de que su credo religioso, por representar el caso más alto de perennidad y universalidad, no permite, en compensación, buscar el cambio en las formas políticas, sociales o estéticas. Precisamente los que no tienen este centro de gravedad espiritual, lo cifran falazmente en la rigidez de un sistema filosófico, de una fórmula política, o de una escuela literaria. El católico trascendental sabe que, fuera del dogma y la moral, todo cambia y todo desaparece. El catolicismo ha convivido con el imperio romano, con la anarquía bárbara, con el feudalismo, con la monarquía absoluta, con las democracias monárquicas o republicanas y convivirá mañana con la sociedad sindical y corporativa. Cosa parecida se observa en la literatura. Plasmado al principio en la cultura grecoromana, el catolicismo crea en la Edad

Media, la cultura gótica, convive con el clasicismo renacentista; y cuando éste se desgasta en tres siglos, a nombre del catolicismo, se inicia la reacción romántica. Y si hay católicos neoclásicos, el gran movimiento simbolista es la creación de espíritus cristianos como Baudelaire y Verlaine. La posibilidad de unir perennidad y rebeldía, constancia y fuerzas innovadoras, está probada en la época presente por el magnífico caso de Claudel y el no menos sugerente de Cocteau. Maritain ha probado en su libro *Arte y Escolástica* como son compatibles la vieja filosofía con las audacias estéticas. Sin incurrir en paradoja, creo poder afirmar que el catolicismo ayuda a tener una visión más imparcial y simpática de la obra de las nuevas generaciones.

Los positivistas al desdeñar el catolicismo como filosofía para los espíritus cultivados, reconocían sin embargo, sus ventajas desde el punto de vista nacional. Imbuidos de la falsa diferencia entre la moralidad de la élite y la moralidad popular, creían que para la primera bastaban las efímeras y cambiantes construcciones del subjetivismo moderno, y para la segunda, los mitos antiguos objetivados en tradiciones y en instituciones. Deseaban mantener y aun apoyar el catolicismo como fuerza de cohesión: apoyo limitado por cierto que quitaba al catolicismo prestigio, autoridad y eficiencia. El presuntuoso positivismo científicista soñaba realizar una especie de matrimonio morganático con la religión popular, profundamente ofensiva para el catolicismo y que delataba al mismo tiempo la timidez y la miseria ideológica de aquél.

En el catolicismo no se puede separar su eficiencia social de la verdad profunda de su filosofía. Si ésta escapaba a las exigencias de un racionalismo estrecho, no cabe sino la actitud de total acatamiento o respeto.

El catolicismo, que es y ha sido la gran fuerza educadora, la base de nuestra cohesión nacional, la fuente de nuestra moralidad colectiva, el fundamento de nuestra vida familiar, debe ser también la filosofía y la ética de la élite intelectual. La época actual requiere, no sólo el mantenimiento del cristianismo en las masas, sino una decidida vuelta al ideal y a la disciplina cristiana en las clases superiores.

Después de tres siglos de protestantismo, casi dos siglos de filosofía de las luces y medio siglo de positivismo, hemos llegado a esta comprobación: que sólo el Catolicismo posee la fuerza que

labra al hombre interior, que crea en nosotros el ansia de la propia superación, que trasciende el instinto, o el *elán* y nos lleva al reinado del Espíritu. Necesitamos hoy fuerzas morales. No creemos en la virtualidad misteriosa de un esquema político o de una fórmula social, ni en el mito de un progreso mecánico indefinido. Fórmulas nuevas, instituciones, procedimientos, necesitan ser aplicados por hombres y el sentido de su utilización depende exclusivamente de la orientación ética del individuo. El problema se reduce, en síntesis, a modelar almas, a crear espíritus. Estos deben tener una ética cada vez más exigente, una idealidad más pura, un sentimiento del deber más hondo y aquello que no puede explicar ninguna filosofía materialista y positivista: espíritu de sacrificio.

Inútil pensar que semejantes valores pueda darlos la llamada moral laica, que se debate estérilmente en el problema insoluble de formulación de sus bases y de su concreción definitiva. La triste experiencia de Francia nos revela, junto con la imposibilidad de ese ensayo, la profunda desorientación moral que reina en su sistema pedagógico. En realidad, la educación moral, ante la imposibilidad de la formulación por el Estado de un nuevo catecismo que reemplace al tradicional, queda librada al criterio individual de los preceptores; y éstos se inclinan hoy a la mística socialista. La república que soñaba, con una moral natural teñida de un vago teísmo, bajo las apariencias de una neutralidad imposible, ha resultado predicando la ética materialista y atea del socialismo contemporáneo.

Sólo la disciplina católica por la introspección constante, por el control incansable de uno mismo, puede depurar la afirmación personalista, los impulsos vitales, el mero placer creador, la ambición de renombre, en fin, todo aquello que simula el ideal verdadero y sobre el que hemos puesto, injustificadamente, la etiqueta de espiritualismo. Ser sincero y profundamente católico es ser artista de su propia alma.

Las enseñanzas de nuestra historia confirman lo que acabamos de decir. La fuerte disciplina cristiana ha forjado nuestros más bellos caracteres.

En la primera crisis de la independencia, el espíritu civil necesita enfrentarse al predominio militar, quizás necesario en esos momentos. Luna Pizarro no vacila en adoptar esa actitud,

afrontando el destierro. El espíritu de peruanidad requería afirmarse frente a la hegemonía de Colombia, desafiando el poder y el prestigio avasallador de Bolívar. Luna Pizarro encarna esta vez, con la misma energía civil, el nacionalismo peruano y sufre por ello su segundo destierro. Después de la guerra con Colombia, el militarismo surge de nuevo con Gamarra. Por tercera vez, Luna Pizarro sostiene el duelo con el cesarismo militar. Un tercer destierro consagra su magnífico gesto.

Retirado de la política, la misma energía acendrada que había puesto en ella la dedica a su misión religiosa, a la depuración penosa de la vida interior. Tres destierros marcaron su paso por la política; austeridad, abnegación, caridad evangélica, su carrera religiosa.

Años más tarde, Castilla, vencedor y omnipotente, necesita la colaboración de la inteligencia de Herrera. El ilustre rector de San Carlos no va a ser un amigo incondicional ni un consejero complaciente del caudillo militar. Le trata con aquella austeridad e indeclinable dignidad que no da el orgullo, sino el sentimiento religioso del deber. La misma noble intransigencia, al separarse de una vida política que, con un poco de flexibilidad egoísta, podía representar para él halagadora influencia y altas posiciones. Ni su decepción, ni su enfermedad le impiden volver a sus tareas episcopales y dictar, como en San Carlos, las clases de filosofía en el seminario de Arequipa. Ha llegado hasta nosotros por tradición familiar el recuerdo de su enseñanza austera, luminosa y ferviente.

El ejército revolucionario del 66 recibe, en Ayacucho, la firme dirección de un militar de vieja escuela, el general Diez Canseco, que le conduce victorioso a las puertas de Lima. Le ofrecen la dictadura que se creía necesaria, y la declina por creerla incompatible con su carácter de vicepresidente dentro del régimen constitucional. Y años más tarde, cuando el mismo pueblo de Arequipa se subleva contra la constitución radical del 167, busca a su antiguo caudillo. La revolución triunfa y el jefe vencedor, desoyendo la voz de amigos y la invitación de actas plebiscitarias, limita austeramente su función a la vuelta de la constitucionalidad, presidiendo elecciones absolutamente libres. Sale del vértigo que a otros envolvía, para buscar con su ministro, el doctor Polar, el retiro modesto y laborioso de su vida provinciana.

En el año de 1880, perdido el ejército del sur; destruida nuestra

escuadra, fracasa la resistencia de Lima que improvisó genialmente la dictadura, Chile creyó seguro el momento de imponer al vencido, agotado; la cesión territorial. García Calderón, presidente provisorio, se resiste con espartana entereza, prefiriendo la prisión chilena. Allí, cuando la situación parecía aún más desesperada; cuando el único apoyo con que creía contar el Perú, los Estados Unidos, cambian de rumbo, García Calderón desafía con la misma energía las imposiciones, en esta vez más graves, no sólo del vencedor, sino del mediador americano Logan, que le proponía el restablecimiento de su Gobierno con el apoyo exterior y la aceptación de la venta de Tacna y Arica. García Calderón desprecia solicitudes y amenazas, personificando nuestra intransigencia en el problema del sur, que supieron conservar todos nuestros gobiernos hasta la infame transacción de Leguía.

Ningún caudillo subió al Gobierno por una ola de popularidad más grande que Piérola en 1895. A quererlo él, habría sido el amo del Perú obteniendo fácilmente las reformas constitucionales para reelecciones indefinidas, o por lo menos un largo mandato como en la Argentina. ¿No estaban cerca los afortunados ejemplos de Porfirio Díaz y Guzmán Blanco? Pero gravitaba sobre Piérola la austera concepción del deber de su educación religiosa. Creía que la restauración del país, no sólo exigía eficiencia en la dirección, sino, sobre todo, altos ejemplos de desinterés y de moralidad cívica. Todo su esfuerzo se concentró en afirmar nuestras instituciones. Frente a un voto discutible de censura, cambia su Gabinete inaugural: restablece el partido que había sido su enemigo histórico, porque creía que su existencia era necesaria para el equilibrio político. Al dejar el poder, no asume la tarea de consejero irresponsable. En la intuición de lo que representaba Leguía, afronta, ya viejo y solo, todos los peligros de una oposición revolucionaria. Fracasada ésta, sufre sin una queja una reclusión mil veces peor que la prisión que el destierro y de la cual lanza al país "dolido, pero inmoto", sus tremendas admoniciones. Incomprendido, abandonado, viejo león, recibe estoico el lanzazo de antiguos odios y de tristes envidias, y muere en la más gloriosa miseria.

Todos estos hombres tuvieron aquella alta moralidad, no sólo por la tradición, sino por educación profundamente religiosa, mantenida en ellos por la adhesión firme y total a la fe de sus

padres. No desmiente esta conclusión el hecho, tan hondamente satisfactorio para el espíritu nacional, de que en el bando del liberalismo peruano se destaquen personalidades de la alteza moral de Vigil, Gálvez y Prada.

Inclinémonos también ante estas nobles figuras. Evoquemos su recuerdo, precisamente en estos instantes en que nos entristecen y nos abruman los crímenes de la inefanda tiranía. Proclamemos que éste, es un triste paréntesis en la vida nacional, que la mayoría de los hombres públicos en el Perú fueron intachables, y que las grandes figuras, conservadoras o liberales, fueron tipos de inmaculada honradez.

En la formación del carácter, más que la ideología política o religiosa en la época media de la vida, influye la herencia espiritual, la formación de los primeros años y el ambiente familiar.

Desde luego, tratándose de Gálvez, su ideología de liberalismo político no amenguó su firme ortodoxia, como lo ha probado Jorge Guillermo Leguía.

Respecto de Vigil, ¿no cabría aplicar lo que Renán nos dice en el más bello de sus libros *Souvenirs d' Enfance et de Jeunesse*, cuando evoca la moralidad ejemplar, la alteza espiritual de sus maestros de Saint-Sulpice, a quienes dice deber todo lo que había en su espíritu de amor al ideal y de moralidad superior? ¿No podía Vigil haber repetido las mismas frases, respecto del seminario de San Jerónimo, bajo la austera y progresista dirección del obispo Chávez de la Rosa?

En Prada, tampoco podemos prescindir del nobilísimo hogar de recia contextura castellana y católica en que apareció.

La línea limpia y pura de Luna Pizarro, Herrera, García Calderón y Piérola tiene el mérito mayor de destacarse en medio de la acción política. Vigil y Prada vivieron en su austero retiro, alejados de las impurezas de la lucha.

La evolución política de Hispanoamérica reitera la confesión insospechable de Taine de que al fin y al cabo es el viejo evangelio el único forjador de la moralidad y del orden sociales.

En el continente parecía inevitable, después de la anarquía de la independencia, la vuelta al caos primitivo de que nos habla Bolívar en sus tinos proféticos. Mas poco a poco, imperfectamente, el sentido del orden se va imponiendo a la anarquía militar, en una lucha titánica contra el individualismo de la raza, acentuado en la

semibárbara naturaleza de América. Chile, desde el gobierno de Portales; la Argentina, a la caída de Rosas; Colombia, después de la larga lucha principista, bajo la inspiración de Núñez, logran establecer la normalidad constitucional. Al mismo tiempo, son éstos los países que han conservado más el sentimiento religioso bajo la influencia de un clero inteligente y puro. Miremos en cambio, el espectáculo de Méjico y de Venezuela, en que la Iglesia fué perseguida por las leyes de reforma o por la tiranía de Guzmán Blanco, Méjico pasa de una larga tiranía a la anarquía revolucionaria. En Venezuela se perpetúa la tiranía, degenerando.

Si se destruyen las fuerzas morales en el orden interno, después de la fiebre del falso idealismo, el único equilibrio posible será el de la fuerza bruta, y vendrá el gendarme necesario de que hablan los sicofantes de la tiranía en Venezuela.

Y en el otro extremo, si la anarquía continúa, se extenderá a nosotros, no sólo la influencia del imperialismo extranjero, sino la de su espíritu y sus credos religiosos. Lo vemos en la revolución mejicana, orientada a desplazar el catolicismo en beneficio del metodismo americano. Al imperialismo económico seguiría así una especie de imperialismo religioso. En cambio, la afirmación y acentuación del cristianismo católico, al mismo tiempo que presenta la base moral de la constitucionalidad es el lazo de la solidaridad racial. “El sentimiento religioso representa así, para Hispano-América, la preservación de su fisonomía espiritual. Razón tenía Vasconcelos para entonar himnos a las iglesias de Puerto Rico, únicos centros que conservan el idioma, el sentimiento y el espíritu de nuestra propia sangre en aquella parte del mundo hispano.

El catolicismo está en las raíces y en la cumbre de nuestra nacionalidad. El envuelve y mantiene nuestra alma colectiva.

Concibiendo así el catolicismo, sería absurdo basar en él un partido político.

Tal cosa sería empequeñecerlo y desnaturalizarlo. Un partido confesional convertiría una gran fuerza nacional, de profundidad y de elevación, en un mero instrumento de gobierno. Sin servir a la política, perturbaría los fines de la religión.

La acción del catolicismo, y más todavía en nuestros países, tiene que ser de vida interior y de influencia individual, de acción

puramente social, extraña a los móviles impuros de interés o de dominación que se filtran siempre en la acción política.

El catolicismo no tiene la urgencia de los partidos y de las sectas. «Es paciente, porque es eterno». No necesita de las fórmulas inmediatas o de la actividad premiosa. Su labor es oscura y esperanzada, como la del sembrador. Su influencia benéfica no dependerá del celo combativo de sus adherentes, no compenetrados de su espíritu, sino de su renovación interna. Necesita un amplio movimiento de sinceridad, de difusión tolerante, tranquila, que cifre su éxito en el valor objetivo de la fe que mantiene y no en el mérito y en el impulso de las personalidades efímeras o de los grupos que pasan. La creación de un grupo confesional, para enfrentarlo a las manifestaciones esporádicas del sectarismo inevitable, acentuaría en el Perú el problema religioso que éstas quieten crear. ¡Que a las dificultades presentes, no se sumen banderas que nos anarquicen o dividan! Para la lucha inmediata contra los males que nos deja la dictadura, hay que formar un gran partido nacional, sin exclusivismos ideológicos, que sume todas las voluntades rectas, que atraiga a todos los espíritus bien intencionados. Sólo una condición: absoluta honradez. Sólo un ideal: salvar al Perú.

